

**Fascismo y acumulación de capital**

La instauración de regímenes dictatoriales en el Cono Sur, primero en Uruguay, luego en Chile y más recientemente en Argentina, ha despertado una creciente y justificada preocupación entre los más diversos círculos latinoamericanos. En muchos países son ya hechos comunes y corrientes la censura a la prensa, el desmantelamiento de partidos y la prohibición de huelgas y actos públicos, el control de las universidades y los secuestros, la tortura, el encarcelamiento y el exilio de políticos, intelectuales y trabajadores.

Históricamente en América Latina ha sido una regla el predominio de gobiernos dictatoriales. Algunos países como Chile y Uruguay habían mantenido durante décadas una democracia liberal que a muchos observadores superficiales les creó la impresión de que en ellos no se presentarían los profundos desequilibrios políticos frecuentes en otros países latinoamericanos.

Pero el actual fortalecimiento de las dictaduras en América Latina no surge como algo inesperado o casual. Tiene profundas raíces históricas estructurales determinadas en última instancia por la dependencia, la explotación y la incapacidad del capitalismo del subdesarrollo para lograr los avances de los países desarrollados (sin olvidar que en algunos de ellos nació el fascismo), avances que en general les han permitido atenuar contradicciones sociales y enfrentarlas con procedimientos democráticos tradicionales.

Es frecuente que los análisis sobre el problema del fascismo en América Latina se desvinculen del proceso de acumulación de capital, no obstante la estrecha relación entre uno y otro que, desde luego, no es lineal ni mecánica, sino que está en el trasfondo de la dinámica política. La toma del poder por fuerzas militares de corte fascista en los países del Cono Sur ha surgido como una salida política para la fracción hegemónica de las clases dominantes cuando el proceso de acumulación monopolista se ha visto comprometido a consecuencia de sus propias contradicciones y por la respuesta de los trabajadores que sufren las consecuencias de dicho proceso.

Cuando estos conflictos sociales se polarizan, se gestan al mismo tiempo diferencias, a veces muy profundas, en el seno de cada clase

social. En el interior de la clase dominante se perfilan dos grandes vertientes: de una parte quienes se pronuncian por mantener los resquicios de democracia como condición necesaria para garantizar, en el largo plazo, el proceso de acumulación capitalista y de la otra, quienes se pronuncian por liquidar dichos resquicios que han permitido el afloramiento del malestar social. Entre los trabajadores también emergen discrepancias sobre cómo hacer frente a los efectos de la concentración del capital, entre quienes aspiran a reformas que amortigüen los peores efectos del proceso y quienes se orientan hacia la sustitución del propio capitalismo, en cada caso con diversas matizaciones.

En un marco así, mientras las clases explotadas no logran imponer la transformación revolucionaria despliegan acciones propicias a la desestabilización, y en la clase dominante se generalizan aquellas discrepancias y la desconfianza, aumentan las fugas de capitales y se retiene la inversión, todo lo cual agudiza la inestabilidad y desacelera sensiblemente la acumulación, *conditio sine qua non* de la existencia del capitalismo. Al interior del Estado se manifiestan dichas discrepancias, obturándose dos de sus funciones básicas que operan en condiciones «normales»: el mantenimiento de la acumulación al par que la búsqueda de consenso nacional.

Con los gobiernos militares se trata de fortalecer las tasas de ganancia y restituir la confianza de la clase dominante en el orden social existente, imponiendo condiciones que favorecen el proceso de acumulación a costa de los trabajadores: el congelamiento de salarios y la prohibición de huelgas y de cualquier intento de protesta, en suma, mediante la disminución real de los salarios.

Los regímenes reaccionarios y despóticos restablecen el funcionamiento del sistema capitalista, pero lo cierto es que ello se logra a costos sociales altísimos, y sin resolver ninguno de los problemas fundamentales del subdesarrollo. Su propia acción contribuye a profundizar, todavía más, los graves desequilibrios que la acumulación de capital sobre tales bases no resuelve pero sí agranda. Puede preverse que surgirán en el futuro agrandados conflictos y en un nivel histórico más alto en que los trabajadores serán los más importantes actores en esos países.

EL COMITÉ EDITORIAL

Mayo de 1976.